

Venezuela, Maduro y los apoyos progresistas

Después de leer el comunicado que ha emitido una organización política respecto del reciente intento de golpe de estado en Venezuela, me parece necesario hacer esta reflexión:

Estamos viendo movimientos electorales que comprometen la libertad y el desarrollo humano del planeta, y creo que, aparte de las actitudes radicalizadas de grupos conservadores, también influye un discurso, escaso de fundamento a veces, de las fuerzas en teoría progresistas.

Del texto del comunicado deduzco que las personas que lo suscriben consideran al gobierno de Nicolás Maduro como la expresión de la voluntad popular, y que la reacción internacional viola esta manifestación democrática de una manera aberrante para la consciencia humana.

No obstante, creo que existe información suficiente como para comprobar cómo el chavismo ha utilizado los recursos del poder para perpetuarse en las estructuras de gestión de Venezuela: cambios legislativos al compás de las necesidades; fuerzas opositoras silenciadas; órganos de representación vaciados de contenido, de acuerdo con la discordancia de las personas integradas en ellos respecto del régimen, etc.

También podemos ver fácilmente que las consultas electorales cuentan con niveles de abstención excesivamente altos –del 59%, según el gobierno; del 83%, según la oposición–, manipulaciones, presiones, etc.

Además de esto –por circunstancias externas o por errores en la dirección del país–, Venezuela ha ido escalando con el chavismo en la espiral del caos. Caracas tiene desde hace mucho tiempo problemas de seguridad, de violencia, de delincuencia y de crimen, pero el desorden actual amenaza con un colapso de inmensas proporciones, si lo visto parece escaso.

Estoy convencido de que existen sabotajes y actitudes partidistas de legitimidad más que discutible; no obstante, también creo que la degradación institucional tiene responsables interiores, bien por incompetencia política, bien por corrupción, bien por un deseo de mando carente de contenido práctico, por dejadez o por un despotismo injustificable.

Por los testimonios directos que me llegan, el pueblo venezolano solo desea que finalice esta pesadilla, donde la vida y la muerte cruzan al azar los límites y los derechos individuales desaparecen por la fuerza, sin que la mayor parte de la población contemple ninguna manera de conseguir un nivel de seguridad mínimamente aceptable.

También creo que, con razón o sin ella, la Unión Europea respeta el derecho internacional en el momento en que reclama unas condiciones concretas para mantener intercambios comerciales o diplomáticos con los países externos, o para reorientarlas desde su propia perspectiva, crear o deshacer alianzas. Esto, éticamente reprochable o no, deriva de su propia soberanía, de la estructura legal de la que está dotada y de las normas actuales entre los entes con capacidad de gobierno que existen en el planeta. Hablar de cualquiera transgresión en el orden jurídica me parece, como mínimo, inexacto.

Doy por supuesto que existe esa base de la que habla el comunicado: los recursos naturales de Venezuela tientan demasiado la codicia ajena, y eso dudo que nadie lo pueda negar, como tampoco en otros conflictos terribles del mundo, con los combustibles fósiles moviéndose en la trastienda.

Entiendo que este punto fundamental queda muy desvirtuado cuando se lo atribuimos únicamente a la reacción antibolivariana y a la rapiña imperialista la raíz del problema. También existen otros factores que actúan contra la voluntad popular; contra la convivencia y contra el desarrollo humano del país y del planeta, y negarlos o silenciarlos sirve de bien poca cosa.

Creo que el comunicado necesita un enfoque más centrado y más realista. Solamente una postura ecuánime tiene posibilidades de resultar eficaz y convincente y, en el momento en que vivimos, con ascensos inopinados de movimientos cada vez más radicales, corremos el riesgo de provocar efectos de rebote, con los que no solamente perdemos apoyos –por falta de credibilidad–, sino que alimentamos el fuego que decimos combatir.

Lo que hasta hace poco valía para captar adhesiones a través de mítines y asambleas, hoy, por el impacto comunicativo en crecimiento exponencial, se convierte en un instrumento muy peligroso, al servicio de causas más que desechadas en principio. Creo que nos hace falta medir las consecuencias, en las que la fiabilidad del discurso y los réditos electorales pueden ir muy en paralelo.

Aparte de todo esto, también entiendo que el pueblo de Venezuela merece mucho más que convertirse en un pretexto para dialécticas puramente especulativas e intelectuales. Si hablamos desde su realidad, libres de prejuicios, también dejamos nuestra aportación para que esa codicia material, que creo que le da sentido al comunicado, se transforme en una dinámica de intercambios en igualdad.

Estoy convencido de que para resolver cualquier problema hace falta saber dónde está, a pesar de nos tiene fuertemente atribuírselo a una parte, o negárselo a la otra.

Carlos Arias